



**Consejo General
de Hermandades y Cofradías
de la Ciudad de Sevilla**

Pregón

Semana Santa 1982

José J. Gómez González

Pregón de la Semana Santa Sevilla

28 de marzo de 1982

José Joaquín Gómez González



CÓMO un sonoro y acompasado repique que unas manos lanzan al aire desde cualquier espadaña de un escondido convento; como un monótono golpear en la campana grande de la torre de cualquier iglesia que un travieso monaguillo se empeña en que sea el eco que cruce de punta a punta la Ciudad; las notas entrañables d una marcha procesional han convocado al pueblo de Sevilla a la celebración de su Semana Santa.

Como si se tratara de la última Función Principal de Instituto, unidos todos bajo una sola advocación de Padre y bajo un solo nombre de Madre, va a dar comienzo el acto por medio del cual Sevilla realiza su más hermosa protesta de Fe.

Y el pregonero, sintiéndose portavoz de su contenido, quisiera abrir a los cuatro puntos cardinales de la Ciudad los cuatro brazos de una inmensa Cruz para crucificarse en ella, la Cruz de Sevilla que en este momento quisiera abrazar para ser el primer nazareno que se adelanta en el tiempo y en el espacio portando la primera Cruz de Guía.

Así, levantando la Cruz de Cristo, comenzar el pregón de la Semana Santa, desgranar esta Protestación de Fe; con la voz temblorosa y con el corazón constreñido, pero seguro de que vosotros, cofrades, vais a ayudarme a mantenerla firme, de que vosotros, cofrades, vais a tender vuestras manos, siempre llenas de amor, viendo en la juventud del pregonero a vuestros propios hijos; y cogiéndome a ellas, subir los escalones del altar para besar, a manera de juramento, el libro del Evangelio de Sevilla.

De esta forma, besando a Sevilla, iniciamos esta celebración como todos recientemente hemos hecho en nuestra propia Hermandad, en el nombre de la Santísima Trinidad, en el nombre de Dios, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.



Exmo. y Rvdmo. Sr.
Excmos. e Ilmos. Señores.
Sr. Presidente y Consejo General de Hermandades y Cofradías.
Señoras y Señores.
Cofrades de Sevilla:

Hay respuestas que el hombre no puede encontrar. Son las que deben darse a esas preguntas que nacen en nuestro interior cuando nos empeñamos en poner la razón por encima de la fe, olvidando las veces que Dios escribe con líneas torcidas.

Una sola vez buscó el pregonero la respuesta al porqué de su designación, no encontrando otra que la de aceptar la voluntad de Dios.

Por esto, aceptando Tu voluntad, Señor, a Ti antes que a nadie van mis primeras palabras; consciente de mi tremenda responsabilidad, convencido de la escasez de mis recursos; pero con la Fe del Centurión para decirte con mi corazón en la mano:

¡Yo no soy digno de ser Tu pregonero, pero todo lo puedo contigo porque Tú me confortas!

Cristo de la Caridad, Señor mío y Dios mío, Tú que te has fijado en mi juventud no me abandones en esta hora.

Tú que viniste a la tierra a traer el fuego, y no quisiste de ella, sino que ardiera en amor, prende ese fuego en mi joven corazón para que la sangre de mi espíritu sea mi lengua y en ella resuene la voz de esta juventud que hoy bulle en nuestras Hermandades y que tanto tiene que decir y hacer por ellas.

Señor, que este Pregón nazca del Evangelio, de este Evangelio que vive Sevilla y que va a volver a ser proclamado en todas las calles y plazas merced al esfuerzo y al empeño de tus cofrades.

Y el Pregón nació allí, en aquella fría mañana del mes de Diciembre;



cuando sintiendo el miedo y el peso de este cometido, llegué a las plantas de la Señora ante la que se postra Sevilla. Aquella por la que los reyes reinan; y allí, Virgen Bendita de los Reyes, pude darme cuenta que no estaba solo ni huérfano, porque el amor de una Madre y la oración de aquéllos que así la empezaron a ofrecer por el Pregón y por el pregonero, estaban conmigo.

Gracias, Señor, porque en Tu Madre y en Sevilla encontré mis fuerzas.

Gracias padres míos, porque sólo vosotros, con vuestra entrega y vuestro amor, habéis hecho posible lo que hoy dichosos contempláis convirtiéndose en mi mayor consuelo y ofrenda.

Gracias compañeros de Consejo, porque una vez más habéis puesto de manifiesto qué grande es la confianza que en mí tenéis depositada.

Gracias Sr. Alcalde, porque en nombre de esta Ciudad me habéis honrado con el más grande de los títulos que ostentar pueda un sevillano.

Y gracias Sr. Teniente de Alcalde por vuestras palabras de presentación; palabras que, emocionado, acepto porque me consta que no nacen de una exigencia protocolaria, ni mucho menos de un sentimiento de adulación, sino que nacen de un corazón sincero y del afecto que me dispensáis, al cual procuro corresponder sabiendo que siempre seré deudor; palabras que son una nueva muestra de vuestros desvelos y entrega al servicio de las Cofradías de Sevilla.



YA ESTA EN SEVILLA EL SEÑOR

MIRA Sevilla que ya está aquí el Señor.
Mira Sevilla que dentro de pocos días volverás a ver de nuevo a Cristo tomar la borriquita en la misma plaza del Salvador y cruzar tus calles recibiendo la adoración de todo un pueblo que se hace niño para estar más cerca de Dios.

Mira Sevilla que el Señor vuelve a merodear por las verdes campiñas del Aljarafe y por las suaves colinas de los Alcores, para decirnos una vez más a todos los cofrades: "Id y en seguida encontraréis una borriquita atada y con ella su pollino, desatadla y traédmela".

Mira Sevilla que esa borriquita y ese pollino serán mañana tus pasos en los que vas a reproducir la Pasión del Señor; y si alguien te pregunta porque lo haces respóndele, como entonces, que hoy también el Señor los necesita

Mira Sevilla cómo tu Rey viene hacia ti manso y sentado sobre un asno. Prepárale el camino al Señor, que todos los pasos estén a punto como las vírgenes prudentes para su llegada.

Alfombra su caminar vistiendo tu cuerpo con la túnica nazarena.

Corta las más hermosas flores y cubre con ellas las esquinas y los montes de tus pasos.

Ilumínale el sendero enderezando los corazones como las candelерías de tus palios para que en ellos deslumbre la llama de vuestra Fe.

¡Sevilla!, prepara la Pasión del Señor, dile a la tierra entera que Cristo vuelve a morir por nosotros, pero no olvides decirle que con su muerte nos dio la vida.

¡Abre tus puertas, Sevilla, porque por ellas va a entrar el Rey de la Gloria!

¡Niños de Sevilla, batid palmas!, vestid vuestros cuerpos como vuestras almas de blancas túnicas y aclamad al Señor con la alegría que ilumina vuestros ojos!



¡Dios mismo desciende por la rampa del Salvador!

¡El Señor al son de trompetas y al redoblar de tambores!

¡Mira Sevilla que ya está contigo!

¡No cierres tus ojos!

¡¡Hosanna al Hijo de David; bendito sea el que viene en el nombre del Señor!!

¡¡Hosanna en lo más alto del cielo; hosanna en nuestras calles; hosanna en la tierra entera; porque el Señor ya entra en Sevilla para iniciar en el mismo Salvador el misterio de nuestra Redención!!

EL VERDADERO SENTIDO

S I Andalucía es un crisol de oro donde a través de milenios se fundieron multitud de civilizaciones, y cada provincia andaluza aceptó y arraigó en ella una parte importante de los caracteres más originales de la cultura que recibiera; llegaremos a la conclusión de que Sevilla es la quinta esencia del más puro espíritu andaluz, de que Sevilla es el brillante que recoge las mejores luces y destellos de la cultura atesorada en nuestra región; y haciéndolos propios, con auténtica personalidad, los irradia como faro de civilización inigualable.

Por esto, Sevilla sabe levantar el telón de su gran Semana Pasional con un repique de campanas a gloria que suena como en ningún rincón de la tierra, porque nadie en el mundo tiene una Giralda para lanzarlo al aire.

Nuestra Semana Santa es algo que vive en el pueblo de Sevilla; es algo que corre por la sangre de todos los sevillanos; es algo que salta en el espíritu de los hijos de esta tierra.

Esta es la fina sensibilidad de Sevilla, la más pura sabiduría popular que no



nace ni de las letras ni de los libros, sino que brota del impulso de las almas y del carisma de un pueblo que se convierte en el verdadero sustento de nuestra celebración porque está convencido de que su Semana Santa supone revivir el acontecimiento de su propia salvación.

Esta es la razón de la alegría de Sevilla, el saber que Cristo con su muerte nos dio la vida, que Cristo sale al encuentro de todos los hombres de la Ciudad porque todos somos hijos de Dios.

Y con esta alegría, cada Cofradía a su estilo, a su modo y manera, con su personalidad, pero con la seriedad que a todos nos iguala.

Pocas cosas más serias en Sevilla que una Cofradía en la calle.

Qué bien lo sabes tú, cofrade, cómo esa seriedad será el exponente de lo que ha sido la vida de tu Hermandad a lo largo del año y cómo de ella dependerá en gran medida la consideración de nuestra Semana Santa.

El hecho de que nuestras calles se abarroten de público expectante o que nuestras filas de nazarenos sean cada año más numerosas, no quiere decir que estemos en el verdadero camino: lo nuestro no es cuestión de cantidad.

Está en nuestras manos el impedir que la Semana Santa de Sevilla se quede sólo en una fiesta popular; evitar el que la alegría de nuestra convicción, temperamental si queréis, se vicie en un carácter laico y pagano.

No caigamos en la tentación del falso esplendor que puede embriagar nuestros ojos, porque de sobra sabemos que, a la hora de la verdad, a la hora de la Hermandad, cuántos son los llamados y qué poco los escogidos.

Por ello jamás podremos permitir que de nuestra Semana Santa se adueñe la rutina y la incredulidad; la falta de respeto; la expresión folklórica y costumbrista de aquéllos que pretenden recuperar algo que siempre ha pertenecido al más fiel, al más entregado, al más ejemplar, al verdadero pueblo de Sevilla.



HACED ESTO EN CONMEMORACION MIA

CRISTO vuelve en busca del hombre con el mismo ánimo que fue a casa de Zaqueo; del hombre que por desobediencia perdió su amistad, del hombre enfermo y no sano, "porque el Hijo del hombre vuelve a buscar y salvar a los que estaban perdidos".

Esta es nuestra misión, presentar a Cristo a Sevilla; a todos los sedientos de EL, a cuantos han perdido la luz de la Fe, a los que lo buscan y no lo encuentran; presentar a Cristo a todo el pueblo que nos rodea, a esos bautizados no creyentes que se agolpan en nuestro alrededor, a los agnósticos, a los incrédulos, a los indiferentes, para que todo el pueblo se convierta.

Que nuestra misión en la calle no es otra que presentar al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Por esto, Sevilla, debes sentirte dichosa, porque estás llamada a la Cena del Señor; porque celebramos nuestra Semana Santa para perpetuar su pasión salvadora; cuando el Cristo de la Cena, el Cristo de la Eucaristía, vuelve a aparecer por nuestras calles diciéndonos:

¡Tomad y comed todos de Mí!

O cuando un Ángel recoja las últimas gotas de las Aguas de su abierto costado por las viejas Atarazanas, o cuando el Cristo de la Sangre alcance la cima del Gólgota del puente de la Calzada para decirle a Sevilla:

¡Bebe del cáliz de mi Sangre porque va a volver a ser derramada para el perdón de tus pecados!



DONDE CALLA LA ORACION

EL mismo Ángel que te mostró el Cáliz de tu pasión bajo la luz de un azul cielo único en el barrio de la Feria.
¿Para qué tu muerte, Señor?

Y ante la incompreensión nace la oración suplicante y fervorosa de Cristo que nos enseña a dirigirnos al Padre, de rodillas y con los brazos abiertos, con la mirada puesta en Dios y con la seguridad de ser escuchados; "Si es posible que pase de mí este Cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la Tuya".

Donde calla la oración, desaparece la Fe.

Mira como aún están abiertas las heridas de la tierra y reseca, que fue regada por el único que podía hacerlo cuando con Fe se le pidió agua por mediación de su Madre.

Oración del Cofrade, que sabe que el que pide recibe, que el que busca halla y al que llama se le abre.

Oración sincera, que brota del corazón, que al oído susurras a tu Cristo, al llevar en tus brazos su Imagen.

Oración íntima, que nace en la soledad de tu capilla cuando con Ellos te quedas a solas.

Oración profunda, que, como lejano eco, resuena en el interior de las trabajaderas.

Oración espontánea, que mana de nuestro ser en cualquier plaza, al encontrarnos frente a frente, en la fachada de cualquier iglesia, un azulejo trianero.

Oración anónima, que bajo un antifaz trasluce el brillo de unos ojos o el pasar las cuentas del rosario.

Oración del tiempo, de horas y horas que consagras a tu Hermandad costa



de tu ocio, de tu descanso y hasta de tu trabajo y de tu familia, pero que te convierte en el alma misma de tu Cofradía, porque tú eres quien día tras día enciende la luz de la Hermandad para que en ella entre quien no tenga sitio en otro lugar.

Oración del amor, que labras departiendo en amigable charla con aquel hermano que más necesita de tu compañía y de tu aliento.

Oración de tu vida misma, que la consagras a Dios en el más fiel cumplimiento de tu trabajo y de tus obligaciones.

Oración en fin que siempre expresa los deseos y las esperanzas del hombre que en tantas ocasiones no sabe siquiera lo que pide o necesita.

La oración enviada por medio de la Madre, que, con un acompasado ritmo de rosarios de plata sobre sus varales, va repitiendo una y otra vez que Tú eres la Virgen de la Oración, la Reina del Santísimo Rosario, la Madre de la familia que unida reza para permanecer unida, la más fiel Mediadora entre el cielo y Sevilla.

¿DE QUIEN ES EL REINO DE DIOS?

ESTA es la luz que brilla sobre Sevilla.

La oración que toma vida en los Cristos que andan vivos por las calles de la Ciudad; en los Cristos vivos de hoy; en los hombres en los que vive el Señor; en aquéllos en los que se instaura su Reino.

El Reino de Dios es de los que, sintiéndose traicionados, saben perdonar; de los que sienten el beso de aquéllos que llamando "Maestro", traicionan en nombre de la amistad, traicionan en nombre de la rutina o quizás del miedo a la juventud que, deseando cambiar muchas cosas, quiere dar impulso y aires nuevos a la vida.

El Reino de Dios es de los que se sienten prendidos por las injusticias,



injusticias que impiden que su Soberano Poder haga volver las espacias a las vainas para que siempre reine la paz entre los hombres, de los que saben que no hay otra Regla que la de la propia justicia de Dios.

O de los que cautivos se ven presos por el egoísmo, presos por la falta de moral y de respeto, por el mal y por la envidia; pero esperan ser rescatados, porque hacia ellos vendrá la Virgen a concederle la Merced de la salvación.

El Reino de Dios es de los que se sienten abandonados como se sintió Cristo en la Cruz, como vuelve a sentirse Cristo en la Plaza del Museo: abandonado también por parte de Sevilla, cuando al quebrar su cintura, tense todos los músculos de su cuerpo y haciendo crujir todos los huesos de sus articulaciones para dejar marcada en la noche la pregunta de la incompreensión: "¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?".

El abandono que sintió Cristo en la Cruz es la mayor entrega que Dios hizo a los hombres, porque después que su costado sea traspasado por la Lanzada aparecerá el Amor de Dios para dar respuesta a todas nuestras preguntas.

El Amor de Dios para sentir que Dios es Amor; que con El nada nos falta; que Cristo con su muerte nos da a conocer al Dios que tiene por nombre Amor, al Dios que es el Padre de todos los hombres, al Dios que es roca, viento y fuego, silencio y palabra.

TU TIENES PALABRA DE VIDA ETERNA

ES el Amor de Dios quien ha puesto en nuestras manos un precioso medio para llegar a EL; pero, por ser mucho lo que nos ha dado, también va a ser mucho lo que nos va a pedir.

Tenemos que convencernos de nuestra misión evangelizadora; nuestras Hermandades, aunque algunos no lo quieran, están hoy llamadas a ser pilares de la catequesis del pueblo de Sevilla; no hay otro medio como ellas para



llevar la Palabra de Dios a todos los rincones de la Ciudad.

Nosotros, cofrades, que hemos visto y oído, tenemos la obligación de transmitir el Evangelio, porque en nosotros ha prendido la llama de la Fe.

Y más aún, si cabe, los que consagrados tienen como obligación por ministerio el predicar el Evangelio a todas las gentes; proclamación que nunca debe agotarse en nuestros cultos, porque también se da en charlas o en convivencias; de la forma que sea, que a los cofrades no les falta nunca imaginación; cualquier día es bueno en la Hermandad para llevar el mensaje de Cristo a todos nuestros hermanos y a esta juventud que se nos puede ir con las manos vacías.

Hay que sembrar para poder recoger; no importa que muchos piensen que hay demasiada hojarasca, porque, aunque haya cizaña, hay que lanzar la semilla.

Ya verás lo que hay; cuántos en nuestras Hermandades tienen Sed de Cristo; cuántos quieren aprender Su Palabra.

Esa Palabra de Dios que concede el perdón, cuando el Cristo de las Misericordias se adentre en el corazón del barrio de Santa Cruz para enseñarnos a perdonar a cuantos no saben lo que hacen.

La Palabra que convierte, cuando por el compás de San Pablo Cristo nos asegure que a, pesar de todos los pesares algún día estaremos con El en el Paraíso.

Tu Palabra, Señor, que nos llena de valentía y confianza al llegar la hora de la muerte, a quienes en la entoldada tarde del Viernes Santo vimos clavar el brillo de tus pupilas en el cielo para recoger en ellas la mirada de cuantos elevamos los ojos para encomendar en Tus manos nuestro propio espíritu.

¡Tres siglos, Cachorro, viniendo de Triana para mirar el cielo de Sevilla, para no morir ni en una ni en otra orilla!

¡Tres siglos, Cachorro, siendo maestro de la muerte en Sevilla!

¡Tres siglos, Cachorro, enseñando a tus hijos que el culmen de la vida cristiana es agonizar así, como tú agonizas con plenitud y alegría!



EL SILENCIO DE CRISTO ANTE EL DESPRECIO DE LOS HOMBRES

Y Cristo aparecerá vestido de blanco cuando el silencio de su Amor sea confundido con la locura.
¿Qué quiere decirnos el silencio de Cristo ante el desprecio de los hombres?

El silencio de Cristo ante el desprecio de quienes se empeñan en ridiculizar nuestras más firmes creencias.

El silencio de Cristo ante el desprecio de quienes mediatizan el sereno magisterio de la voz del Papa.

El silencio de Cristo ante el desprecio del materialismo creciente que todo lo comercializa.

El silencio de Cristo ante el desprecio de aquéllos que se mofan de los que consagran sus vidas al Señor.

El silencio de Cristo ante el desprecio de la falta de interés de llevar a los niños el nombre de Dios a las escuelas.

El silencio de Cristo ante el desprecio de quienes se empeñan en impedir el crecimiento del fruto de la vida en las entrañas de tantas madres.

El silencio de Cristo ante el desprecio de aquéllos que niegan a los jóvenes hablar porque ni siquiera tienen trabajo para comenzar sus vidas.

Este desprecio es el que hoy hace padecer a la Virgen. No vivimos el momento de llamarla Alegre, porque su rostro continúa sorprendiéndose ante el espanto de la realidad que nos rodea; éste es el momento en que cada día continúa naciendo la Amargura de María.

Las lágrimas de la Virgen continuamos provocádoselas con nuestros desprecios.



Sus tristezas no son otras que las de aquéllos que se niegan a seguir la Verdadera Cruz de Cristo.

Sus Angustias están marcadas por los que menosprecian a sus semejantes marcando color a las razas de los hombres, ignorando que todos son iguales a los ojos de Dios.

Estos son tus Dolores de hoy, el Dolor que en San Vicente enrojece tus mejillas; que llena de profundas ojeras tu cara en Santa Isabel; que suplicando la Misericordia inunda el brillo de tus alzadas pupilas en San Bartolomé; que tendrá la plenitud de lo Mayor por su Soledad en la Carretería; que traspasará tu alma y tu corazón en San Lorenzo.

Es ese dolor, Virgen Bendita del Valle, que no logra empobrecer tus ojos, sino que los hace más hermosos todavía; cuando el resplandor de los altos cirios confunde su color - ¿de qué color son tus ojos, Madre? - en ese momento en que ni siquiera te quede fuerza para acariciar entre los dedos Tu pañuelo de finos encajes.

VIVIR CON LA VIRGEN

NO podemos caer en la tentación de darnos por vencidos; de apartarnos y decir que no podemos luchar más; porque en nuestro horizonte debe brillar la Esperanza de un mundo mejor.

La Esperanza para darle sentido a nuestro futuro. Vivir sin Esperanza no tiene sentido.

Y en Sevilla, nuestra Esperanza no puede ser otra que la Virgen.

Esperanza que como suave brisa marinera nos viene del otro lado del río para infundir en nuestro espíritu un aliento de superación.

Madre que eres la Esperanza por antonomasia, la Esperanza a solas; no



hace falta decir más que la Esperanza; no digas de dónde viene ni a dónde va porque Sevilla la recibe de Triana para hacerla suya por una noche cuando avanza como una ola gigantesca que corre, que crece, que susurra por San Pablo para romperse contra los muros del corazón de la Campana que, puesta en pie, anuncia Tu llegada al distinguir el resplandor de Tu nave.

Y una lluvia de pétalos de rosas acariciarán tus mejillas y llenarán de color la oscura Madrugada, mientras Tu palio navega sobre la mar de nuestros corazones mecida por la suave brisa del vaivén que levanta el ritmo de tus bambalinas.

La Reina de nuestras almas que aparece como la más hermosa flor entre las flores.

¡Ya está con nosotros la Esperanza!

Y por eso, Triana, y contigo Sevilla entera, vuelve a coronar a la Esperanza.

LA ALEGRÍA DEL NAZARENO DE SEVILLA

NUESTRA salvación vino con Cristo y en la Cruz se realizó; por esto Cristo, no sólo acepta la Cruz, sino que la abraza y la abraza.
No es un capricho que Jesús Nazareno lleve la Cruz al revés.

¡Qué infinita dulzura encierra su serena mirada al abrazar la Cruz de nuestros pecados!

Pero nuestras almas deben quedar iluminadas y limpias por la luz y la pureza que desprende la plata y el azahar del palio de la Virgen Celeste por excelencia; porque el estado de gracia, de amistad con Dios, debe ser la primera túnica con que se revista el nazareno de Sevilla.

Y con la túnica de la gracia, ofrecer la inmensa alegría de nuestra estación de penitencia, la alegría de nuestro encuentro con Dios.



Esta y no otra es la alegría que nace en nuestro interior cuando llega la hora de vestirnos con esas túnicas que de esta forma se convierten en lazos inquebrantables de la Fe, de generación en generación, de tantas y tantas familias.

¿Por qué te cambiarías en esta hora?, cofrade.

No hay nada en el mundo que iguale nuestra alegría.

¿Quién te lo enseñó? Amando te lo enseñó Sevilla, porque sólo amando puede apreciarlo quien tenga el alma abierta a Dios y el corazón depositado en las manos de la Virgen, para ser y sentirse nazareno de Sevilla.

EL PESO DE LA VIDA

A Sí hemos de aceptar la Cruz de Cristo, consciente de que en la Cruz está nuestra Victoria.
¡Pero cuánto pesa la Cruz de la vida!

El peso del desamor, de la incomprensión, de la falta de entrega, de la persecución y la calumnia; ese es el peso que sigue doblando el Cuerpo de Cristo.

¡Señor de Pasión, hombre que cruza las calles de Sevilla enseñándonos a soportar con humildad el peso de la Cruz!

¡Qué duro es el camino!

Cómo sabemos del lodo y del fango; pero mira como el Cristo de las Penas clava su mano derecha sobre la tierra del barrio de San Vicente para remontar el peso de su Cruz hermosa, levantándose y siguiendo el camino.

No podemos caminar sin Ti.

Tú conoces nuestras limitaciones. Tú sabes cuántas veces caemos.

Pero no importa, Señor, porque Tú estás de una manera especial en Sevilla



cuando presuroso siempre llega el Gran Poder en nuestro auxilio.

Tú eres el Gran Poder que nos ayuda a superar el peso de nuestras cruces.

Gran Poder que, tirando de su tesoro, arrastra su cuerpo y tensa su cuello, para adelantar Tu rostro, Dios mío, y presentarlo a cuantos nos perdemos en la noche oscura de Sevilla.

¡Tú eres el Señor!

El Señor que enmudece las lenguas de cuantos te contemplan haciendo del silencio el sonido de tu caminar, porque el silencio es el sonido de la oración que nace de nuestros corazones.

El Señor que tiende su mano para sacarnos del mar de nuestras confusiones.

El Señor que emplea su Poder al servicio de amor.

El Señor del Gran Poder, quien en cada Madrugada hace nacer de nuestras almas la misma exclamación:

¡¡Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo!!

LA RELIGIOSIDAD POPULAR

Sí no creyerais cuanto os he dicho, id cualquier viernes del año a la Plaza de San Lorenzo.
Yo os diría que allí el pueblo siente el Poder de Dios.

El Templo del Gran Poder es el centro y el foco de la religiosidad popular de Sevilla.

Allí se dan cita todos los hombres de buena voluntad. El que necesita tocar la túnica del Señor.

El que le urge rozar su Cruz.



El que no se conforma con besar sus plantas, sino que precisa dejar en ellas el beso permanente de una flor.

El que en un rincón levanta en sus brazos a sus hijos para que en ellos quede grabado su cara atormentada de dolor.

El que enciende una vela porque no es capaz de lograr que su corazón se consuma ante el fuego de su total sumisión.

Quizás el verdadero pregón lo da quien en la puerta repite, treinta o cuarenta iguales para hoy; todos iguales ante el Señor, porque a todos nos une la misma Fe.

No le pongas a la Fe ni tasa ni medida; no la califiques, porque con la misma medida que juzgues te juzgará el Señor.

No olvides jamás que nuestra religión está intrínsecamente vinculada con la vida de la comunidad, y decir esto en Sevilla quiere decir con la vida de las Cofradías.

Todos estamos obligados sin exclusión a convertir estas manifestaciones exteriores en una experiencia interna genuinamente religiosa; pero con mucho cuidado, no vaya a ser que, con tanta letra, con tanta norma y burocracia, provoquemos el cansancio de la vida religiosa de nuestro pueblo; los cofrades lo que necesitamos son sacerdotes que orienten nuestros pasos.

Que nadie en la Iglesia de Sevilla olvide que "las Cofradías merecen atención continuada, respeto y cuidado", y esto no lo digo yo, esto se lo acaba de decir Juan Pablo II a los Obispos andaluces.

Y a ello dedicó su incesante vigilancia quien quiso que a todos los cofrades llegara una fe auténtica y una plenitud de vida en Cristo; quien deseó fomentar y canalizar nuestras tres devociones peculiares, que han sido desde hace siglos, y continúan siendo todavía, objeto de la religiosidad de nuestro pueblo, la devoción a Cristo en el misterio de su Pasión y en el Sacramento de la Eucaristía, y la devoción a su Madre en el dolor, la alegría y en el gozo; quien a través de 28 años de pontificado supo ganarse a pulso, como Arzobispo, como Cardenal y Pastor, el título de Cofrade Ejemplar de Sevilla.



LAS NUEVAS GENERACIONES

HOY podemos decir que la juventud no se siente Iglesia, que los jóvenes se apartan progresivamente de ella; que son muchos los que pese a su edad no esperan ya prácticamente nada.

Hoy podemos afirmar que los jóvenes no están ni dentro ni fuera de la Iglesia, sino lo que es aún peor, ésta es una cuestión que, en realidad, no les preocupa.

Hoy las asociaciones puramente juveniles han entrado en franca decadencia y tan sólo una minoría se impacienta y sueña con una Iglesia diferente.

Hoy, por el contrario, la presencia juvenil en nuestras Hermandades constituye una palpable realidad.

Pero, ¿qué buscamos los jóvenes en ellas?, ¿qué es lo que esperamos recibir?, ¿cuál es la razón de este acercamiento?

Pienso que hoy la juventud tiene necesidad de encontrar respuesta a muchas cosas; hasta puede que pase de la Iglesia, pero de lo que no pasa es de Cristo.

Es cierto que los jóvenes tenemos nuestros propios defectos y nuestras propias virtudes; y luces y sombras también tiene la juventud cofrade de Sevilla.

Pero a pesar de todos los defectos que podamos tener los jóvenes, no olvidéis que, atraídos por lo que sea, estamos en nuestras Hermandades.

Los jóvenes tenemos que encontrar el convencimiento por medio de nuestra propia experiencia, por esto necesitamos un sitio en la vida de la Hermandad; ese sitio que tantas veces se nos está negando por la incomprensión de muchos y la abierta oposición de no pocos que no ven en nosotros otro defecto más que ser simplemente jóvenes.

La juventud tiene que encontrar en nuestras Hermandades su propia



realización y no la vamos a encontrar limpiando la plata, cantando en un coro o pasando horas y horas de ensayos bajo una parihuela; no quiero decir que esto esté mal, ni muchísimo menos, lo que quiero es afirmar en nombre de muchos jóvenes cofrades de Sevilla que éste no puede ser nuestro cauce de expresión si es que queremos que en nosotros descansa la garantía de nuestro futuro.

Todos igualados bajo el inmenso paso de Sevilla; agarrados a la zambrana de la realidad; aguantando el peso de la trabajadera de la vida; con los pies bien sentados en nuestras verdaderas tradiciones; hablando el lenguaje de los hombres de hoy, y así soportar el peso de lo que desde arriba mande el Señor obedeciendo su voz, la voz de nuestro único capataz que nos dice: "vámonos de frente, valientes".

Este es el paso que hemos de llevar sobre nuestros hombros, madurando la conciencia de nuestra propia personalidad, impulsados por el ardor de la vida, para asumir la misión del futuro de nuestras Hermandades; sin miedo y con valentía, con las ideas bien claras, sabiendo cuál es nuestro cometido, convencidos de nuestra misión evangelizadora, donde el amor se plasme en unas obras que evidencien nuestra autenticidad, y, sobre todo, dando respuestas a las preguntas que hoy tienen planteadas nuestras Cofradías y la propia Iglesia.

Somos nosotros los que estamos llamados a preparar las Hermandades del año dos mil, porque también en el tiempo del futuro seguirá siendo necesario que el Cristo de los Gitanos salga a la calle a recordarle a la Sevilla del mañana que su nombre significa Dios con nosotros.

Somos nosotros quienes estamos llamados a ser los primeros e inmediatos apóstoles de los propios jóvenes, porque nadie nos puede sustituir en esta tarea.

Somos nosotros los que hemos de tener la misma valentía que Simón de Cirene para levantar a esa juventud que quizás está en el suelo, como el Cristo de las Tres Caídas que no pudo resistir la empinada Cuesta del Rosario, y también ha caído víctima de la operación y de las injusticias de los propios hombres.

Somos nosotros los que hemos de levantar a Cristo siendo costaleros de todos los días para calmar la Sed de esa juventud inquieta y encender el fuego en el corazón de los indiferentes.

Somos nosotros, jóvenes cofrades de Sevilla, los que hemos de Exaltar su Cruz en medio del corazón de la Ciudad.



MADRES DE SEVILLA

Y tras la juventud, la infancia.
Si el mundo no tiene salida. es una cárcel, y si es un camino ¿a dónde va?
¿Qué mundo les espera mañana a los niños de hoy?

Vosotras, madres de Sevilla, tomad la mano que os tiende el Señor a su paso por la calle de la amargura y guardad en vuestro corazón sus palabras: "No lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos".

¿Ha llegado acaso la hora para nuestras familias en la que hemos de considerar dichosas a las estériles, las entrañas que no engendraron y a los pechos que no amamantaron?

Hace pocos meses apadrinaba el bautismo de un nuevo hijo de Dios. Y el sacerdote amigo que le administró el sacramento lo hizo suplicando la gracia para que aquella sangre de mi familia pregonara algún día nuestra Semana Santa; y sentí lo mismo que tú tantas veces has sentido, lo que sentiste al subir por primera vez con tu hijo y después con tu nieto los escalones del altar, al elevarlo para que besara el libro de Reglas o las manos de tu Virgen; o cuando lo llevaste de la mano estrenando su túnica de monaguillo o de nazareno; o cuando le enseñaste a distinguir sobre una estampa quién es su Señor y su Madre. Esto sí que es pregonar la fe cristiana al estilo cofrade de Sevilla.

Madres de Sevilla, vosotras sois el sustento de nuestras familias, haced de mujer Verónica y mostrad en el paño de vuestro amor el rostro de Cristo.

Limpiadle el rostro al Señor para que su mirada penetre en el corazón de vuestros hijos y no tengáis necesidad de llorar ni por ellos ni por vosotras.

Madres de Sevilla, que siempre os ilumine la más amorosa de todas las madres, la Estrella que por el puente nos trae la luz de Dios hecha suspiro encerrado en su pecho.



¡Salve Estrella de los mares; Estrella de la mañana, de la tarde y de la noche de nuestras familias; Estrellas que las hace permanecer unidos en el amor a Cristo, unidas en la transmisión de nuestra Fe y nuestras devociones, para que en el seno de cada hogar cofrade llamemos dichosas a nuestras madres, a las entrañas que engendrarán y llenarán la tierra de hijos de Dios y a los pechos que amamantarán a los niños en el amor a Dios y a Sevilla!

ESTA ES NUESTRA MADRE

ESTA es la razón por la que Sevilla siempre te consideró su Madre. Porque desde el momento en que Cristo pronunció sus Siete Palabras Te convertiste en el Remedio único de nuestras tribulaciones.

Y desde aquel momento, según cuenta nuestro Evangelio, Sevilla te colocó en un paso de palio.

¡No lo toquéis más, que así es el palio!

¡El palio para la Reina de Sevilla!

Virgen de las Aguas, pura, limpia y transparente, que haces crecer todas las cosas a Tu alrededor.

Candelaria, que, como fragua encendida en la noche, todo lo purificas. Hiniesta, que firme y segura permaneces constantemente a nuestro lado.

Guadalupe, que eres espejo para la juventud que quiere mirarse en Tu existencia.

Subterráneo, que como el río que cruza tus mejillas penetras en el interior de nuestro ser.

Socorro, que, anhelante, vienes siempre en busca de cuantos te llaman.

Y Rocío, que te posas suavemente para que en nuestro corazón anide la Blanca Paloma del Espíritu.



Madre de Sevilla, que al compás inigualable del sonido de tus bambalinas nos traes toda tu Gracia y Esperanza.

Cobijarás bajo Tu manto a cuantos se encuentren Desamparados. Concederás la blancura de Tu Salud a los enfermos.

Darás Refugio a todos los pecadores.

Vendrás a ser Consuelo de todos los afligidos.

Y a todos nos hará santos por Tu Gracia y Amparo.

Reina Bendita de los Ángeles, que, sin entender de color, te llevas el alma de los cofrades para formar parte de Tu legión.

Reina de la Victoria, que con inconfundible majestad paseas el triunfo de nuestra salvación.

Reina que en el frescor del parque eres el oasis de la Paz que Cristo nos dio sin mirar nuestros pecados.

¡Virgen, Madre, Reina y Señora de Sevilla, solo un Nombre, Dulce Nombre de María!

EL DIALOGO DE CRISTO

Y el diálogo de Cristo en la Cruz con los hombres no terminará nunca. Porque el Cristo de la Salud abrirá sus brazos en el puente del Miércoles Santo para abrazar y consolar a los que sufren, a los que creían no tener consuelo; a los pobres de espíritu que tienen puesta toda su confianza en Dios.

O cuando la recia austeridad que encierra el Cristo de Burgos venga a llamar bienaventurados a los que amando a Dios construyen su Reino para heredar algún día la tierra.



Y el Cristo del Calvario, con la nueva luz del alba de un frío amanecer, bajará presuroso por Castelar para que sobre su cuerpo muerto no descansa la escarcha; colmando de alegría el corazón de aquéllos que por Él se han desprendido de todo y llenando de misericordia a los que verdaderamente aman al prójimo como a ellos mismos.

O tú, Cristo de la Salvación, que no conoces ni la luz ni el aire de Sevilla, que sólo sabes de la oración callada de los que te encuentran a la entrada misma de un franciscano convento, nos afirmarás desde la humildad de ese rincón que para verte en el cielo hay que ser en la tierra limpio de corazón.

Bienaventurada tú, Sevilla, cuando por su causa te injurien; alégrate porque cada año obtienes la recompensa al salir por la puerta grande del Paraninfo el Señor de la Universidad, el Cristo de los Estudiantes.

Señor de la Buena Muerte, que, junto al mundo de la ciencia y el saber, vas haciendo crecer las nuevas generaciones de aquéllos que están llamados a ser los hombres en los que descansará la responsabilidad de nuestro mañana.

Cristo de los universitarios, llénanos de tu amor para que nuestro inconformismo se transforme en la acción de una juventud que por Ti quiere convertirse en buscadora incansable de la prosperidad, de la paz y de la justicia entre los hombres.

Tú, Señor, que tanto sabes del corazón del pregonero; déjame sentir de nuevo el peso de tu Cuerpo, déjame sentir la vida que derrocha Tu serena muerte para decirte que:

*Tú me mueves, me mueve el verte
clavado en una Cruz y escarnecido;
me mueve el ver Tu cuerpo tan herido;
me mueve, Señor, Tu Buena Muerte.*



Y SE QUEDO ENTRE NOSOTROS

ESA muerte es Tu Buen Fin, Señor, porque con ella nos sigues dando la vida en la más sevillana de nuestras calles; porque tus Cinco Llagas ya sólo serán un recuerdo de la pasión, cuando al descender de la Cruz Tu cuerpo se balancee cortando el aire de la tarde como el péndulo de un reloj que marca el ritmo de nuestras vidas, para así llegar a donde el tiempo no cuenta, allí donde comienza el tiempo del amor, para que Tu Cuerpo Descendido quede por siempre oculto tras las puertas de los Sagrarios.

Cuando seas amortajado a la sombra de los cipreses del Convento de la Paz, o al sol radiante del Arenal en el Baratillo, Tu cuerpo no volverá a estar frío, porque tendrá el calor que se desprende del regazo de la Virgen de la Piedad.

Y te quedaste entre nosotros, Señor, al estar presente en la Eucaristía; tan vivo como estuviste en las entrañas de la Virgen de la O, Madre del Sagrario Eterno, que Te dio la carne de su carne y la sangre de su sangre.

Tú estás, Señor para ser compañía de los que sufren, de los que lloran, de los que se sienten marginados, de los jóvenes que no tienen a quien dirigirse o de los mayores que, ya viejos, carecen del cariño de sus hijos, para que nadie vuelva a sentir el dolor de la Soledad, porque no hay mayor dolor que el de la ausencia de Dios.

Por esto Sevilla sabe levantar en los sagrarios un Monumento el Jueves Santo; el Monumento a Tu amor por los hombres; por los hombres que viéndose obligados a emigrar de la tierra que le negó el trabajo regresan en esta fecha a la cita con su Cofradía, por mucho más que por tradición; por los hombres que se entregan en la preparación de nuestra Semana Santa sin esperar recibir nada a cambio, sólo la inmensa recompensa de volver por nuestras calles, por mucho más que por respetar unas costumbres; por los hombres que anhelan esas mañanas de oficios que tienen que volver al estilo de Sevilla, con mantillas y peinetas que a nadie dañan, por algo más que por comodidad, porque la liturgia debe estar al servicio de la Iglesia, y nuestras estaciones de penitencia tienen que



formar parte de la liturgia en el triduo Pascual; por los hombres que saben que ese Jueves tiene que ser Santo por encima de todas las cosas, le pongan el color que le quieran poner al calendario, porque ése es el día en que conmemoramos que Dios se quedó entre nosotros.

QUE LA ESPERANZA ESTE CON TODOS VOSOTROS

SEVILLA no puede contener la alegría que florece de la muerte de Cristo, porque sabe de la alegría de la salvación, de la alegría del perdón, de la alegría de la esperanza.

Y con la Esperanza, la alegría de pensar en Ti, Madre mía.

Mucho antes que nuestros ojos Te contemplan ya te siente nuestro corazón, ya se palpa en el ambiente Tu llegada jubilosa, ya se respira en el aire Tu perfume, porque ya todo huele a Ti, que irrumpes en la noche de Sevilla con la fuerza de un arroyo limpio que, generoso, brota de la misma tierra, que vuelas por la Madrugada con la locura del viento que alborotado sopla removiendo el espacio, que abrasas el amanecer con el sol radiante de tu rostro, Macarena.

Tú eres la Esperanza a la que confiados suplicamos aquello que no nos atrevemos a pedir al Padre.

La Esperanza que nos salva de la angustia del mundo que nos rodea.

La Esperanza de Sevilla que nos llena de luz y de color cuando nuestra mirada cae en el profundo pozo de Tus ojos misericordiosos.

Tú eres la Virgen que inunda de alegría esta tierra; la que con su sola presencia hace temblar de emoción nuestros corazones haciendo un nudo en la garganta de cuantos ante Ti no podemos articular palabra; para la que un aplauso y un "ole" sincero y espontáneo vendrá a poner el amén a esa oración que nace del corazón de Sevilla entera.



Tú eres la señal que año tras año aparece en nuestro cielo; la luz que brilla en la Madrugada del Viernes Santo; la Macarena que colmándonos de gozo nos llena de Esperanza.

Tú eres la mujer vestida de sol, porque así sabe Sevilla vestir a la Virgen; con la luna bajo Tus plantas hecha pena de plata para que pueda soportar el peso de Tu infinita belleza; y con una corona de doce estrellas sobre Tu cabeza que te proclama como Reina y Señora de todo lo creado.

Y ante la visión espléndida y majestuosa de tu paso en la noche; viéndote rodeada del amor de Tus hijos que saben que sólo en Ti tienen toda la Esperanza, permítele Madre dudar al pregonero que en el cielo te amen mejor que en Sevilla.

¡¡CRISTO VIVE!!

S el pregonero no ha tenido para comparecer ante vosotros otro título que el de su propia juventud, en esta hora postrera quisiera confesaros cuál ha sido su fuerza para recorrer el camino.

La primera vez que me separé de los brazos de mi madre fue para recibir el sacramento del bautismo en la Capilla de mi Hermandad de Santa Marta; y allí, al recibir la luz de Cristo, comenzó mi vida cristiana y cofrade.

Ahora se agolpan en mi memoria los recuerdos de un ayer, aún tan cercano, en que vestido de monaguillo revoloteaba una y otra vez por las naves de San Andrés; o el regresar del colegio, cuando mi ilusión se centraba en ver montar el paso, hasta el punto que me parece haber crecido al mismo tiempo que él.

Siempre a la sombra de la Hermandad; bajo el ejemplo de mi padre y la fiel enseñanza de mi madre, en los que encontré la sensibilidad del ser cofrade.

Y mi Hermandad tuvo garra suficiente para que encontrara en ella el cauce de mi propia realización junto a tantos jóvenes que unidos recibimos la



amistad, la Palabra y los sacramentos; compartiendo nuestras inquietudes y nuestras ilusiones con el ejemplo de aquéllos que antes que nada nos enseñaron a amar a Cristo amando a la Hermandad, a sentirnos en ella como en nuestra propia casa, para lo que abrieron de par en par sus puertas, y tras ellas, todos tuvimos un sitio porque ya habían abierto antes las de su corazón, a sabiendas de que por aquella zaranda muchos podíamos caer; por el ejemplo de aquéllos que se fueron para siempre, pero que sonrisa y su alegría se convirtieron en nuestro eterno recuerdo.

Y en mi Hermandad seguiré ahora que estoy a punto de abrir un nuevo camino en mi vida, porque el ser cofrade me ha enseñado a vivir la vida de Cristo.

Esa vida que el pregonero sintió un día y que no podrá olvidar jamás.

Fue aquella tarde de un Lunes Santo en la que Te sentí de una forma muy especial, distinta a otras; en la que Te vi más cerca que nunca, Señor; tan cerca que rompí un dedo de esa mano que, lánguida, dejabas caer para tenderla a cuantos suavemente la acariciamos en momentos de intimidad o nos agarramos a ella como a clavo ardiendo cuando creemos no tener salida a nuestros problemas y llegamos casi a enfadarnos contigo al no encontrar la solución de los mismos.

Aquel Lunes Santo no me atreví a decirlo a nadie e hice la estación de penitencia agarrado a Ti con mis dos manos, llevando en la izquierda la manigueta y guardando con todas las fuerzas del corazón en la otra aquel pedazo de mi Cristo roto.

Y cubierto por el antifaz, con la vista nublada y dejando volar mi imaginación, comprendí como nunca Tus Penas, Madre mía; y quise ser pañuelo que enjugara esas siete lágrimas que como siete puñales de dolor cruzan Tus mejillas, y quise sentir el sabor de la sal para beberme el llanto que de Tus ojos brota.

Pero a los pocos días, cuando aquel pedazo de mi Cristo volvía a encajar en su mano, me di cuenta que Tú seguías con Tus Penas, que mi imaginación y mis deseos no servían para nada, porque Cristo, el Cristo total, continuaba roto.

Yo quisiera en este momento volver a agarrarme con mis dos manos a las Tuyas para sentir de nuevo Tu vida y no Tu muerte, Señor.

Yo quisiera pedir, sólo en Tu Nombre, a todos los cofrades que tenemos



que ser miembros vivos de la iglesia de Sevilla, que recompongamos entre todos a este Cristo que sigue roto.

Cristo de la Caridad, que medio envuelto en una blanca sábana sigues trayendo el amor al mundo; Tú que eres el amor llévanos por el camino de la unidad, porque somos nosotros los que día a día te seguimos rompiendo con nuestros egoísmos, rompiendo con nuestras intransigencias, rompiendo con nuestro afán de protagonismo, rompiendo con nuestras envidias.

Que tu Caridad Señor nos impulse a todos para llevar a estos cristos vivos que están rotos, en el amor, la comprensión a los que se sienten odiados, el perdón a los ofendidos, la justicia social a los marginados, la paz a los que sufren, el consuelo a los solitarios.

¿Por qué está roto Cristo, si Cristo vive?

Tú vives en el corazón de cuantos el Lunes Santo sabemos que Tu muerte nos dio la vida; Tú escuchas a los que suplicantes Te llamamos cuando nos acecha el mal; Tú hablas a la conciencia de aquéllos que nos identificamos con Tu Palabra.

¡¿Cristo de la Caridad, ¿quién puede verte muerto?!

¡Tú no estás muerto porque aún molestas a muchos vivos!

Por esto Señor, déjame gritar a Sevilla con la voz de mi joven corazón que:

¡¡Cristo no está muerto !!

¡¡CRISTO VIVE!!

He dicho



BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

Los evangelios de San Lucas, San Mateo, San Marco y San Juan. El Libro de la Apocalipsis de San Juan.

Informe de la Comisión Episcopal de Pastoral sobre "Fe y religiosidad de la juventud española.

JUAN PABLO II, palabras a los obispos del Sur de España con motivo de la "visita ad limina ".

LEONARDO BOFF, "pasión de Cristo, Pasión del Mundo, hechos, interpretaciones y significados ayer y hoy".

ALAIN PATIN, "La aventura de Jesús de Nazaret". SCHILLE BEECKX, "María, Madre de la Redención". Soneto a Jesús Crucificado, anónimo.



